

MARIA.

EL TUTOR Y LA HUÉRFANA.

La tía Marta aparentaba tener sobre sesenta años. Su rostro no ofrecía nada de particular, á escepcion de dos ojos pequeños, vivos y de mirar penetrante, ocultos bajo arrugados párpados que solo se levantaban para mirar á hurtadillas. Fuera de esto, sus facciones eran en extremo vulgares. Conservaba una limpia y casi completa dentadura, y notábase en toda su persona cierto aire noble y aseado, que alejaba la repugnancia que siempre inspiran las gentes de su condicion. Su traje en nada se diferenciaba del de otro de cualquiera muger de la clase pobre, y si era gitana verdadera, segun el color cabrizo de su cutis, lo ocultaba con tal naturalidad, que nadie hubiera podido asegurarlo con evidencia. La impresion que su aspecto produjo en don Carlos no fué desfavorable.

—Buena muger, la dijo el capitán; os he hecho venir, mas por satisfacer á ese fiel criado que á mi propio deseo. Hanme dicho que leéis en el libro del destino.

—Ay señor! contestó la vieja con un suspiro; no tengo la fortuna de que se me alcance tan sublime ciencia; pero desciendo de uno de los tres preclaros varones que han ilustrado al universo, el cual me leyó parte de sus talentos. Yo no podré seguir todo el curso de vuestra vida; pero si me fijais una época, un caso determinado, me encontrareis dispuesta á descender el velo que oculta el porvenir.

—Rica debes ser, la replicó el capitán, poseyendo semejante tesoro.

—La ciencia no me ha dado muchos bienes de fortuna, contestó la Marta; pero si me ha dotado de una buena dosis de filosofía

—No es ese el metal que mas se aprecia en el comercio del mundo.

—Pero es el que enseña á despreciarlos todos, y á vivir feliz nadando en la abundancia; porque ninguno es tan rico como aquel que sabe contentarse con lo que posee.

—Sentenciosa venís, madre, contestó el capitán, y ojalá yo pudiera pensar como vos; mas decidme: ¿la filosofía satisface tambien las necesidades del corazón?

—Solo se cuenta de un filósofo griego, replicó la pitonisa, que resistiera á la escitacion de las pasiones; pero sus contemporáneos le calificaron con el epíteto de *hombre estatua*.

—Es decir...

—Es decir, que la filosofía nos acostumbra al sufrimiento, á las privaciones, á sobrellevar las desgracias; pero solo el tiempo cura los males del corazón.

—Sois mas razonable de lo que me habia figurado, dijo don Carlos cobrando confianza: quiero confiarme á vuestra ciencia y consultaros sobre el asunto que absorbe todas mis facultades. ¿Qué necesitais para hacer vuestras esperiencias?

Revisióse la pitonisa de la dignidad que correspondia al ejercicio de sus funciones: cogió sin ceremonia una silla y la acercó á la mesa en que se hallaba apoyado don Carlos. Sacó una baraja, y despues de mezclar bien las cartas, mandó al capitán que se levantara, mientras que Fabricio permaneció inclinado en la mesa sin pestañear.

—Vos amais, no es verdad? preguntó la vieja al doncel.

—Con toda mi alma, respondió don Carlos.

—La jóven que os cautiva es huérfana?

—Quién os lo ha dicho?

—Esta *nota*; que aparece solo entre dos *caballos*, á pesar de haberlas colocado juntas.

—Teneis razon: es huérfana.....

—Y vos la sacareis de su orfandad.

—De veras? esplicaos!

—Oid, jóven, y prestad la mayor atencion á mis palabras. Antes de conocerme habeis puesto en duda mi ciencia; el tiempo os desengañará. Doña Maria, la jóven á quien amais, os corresponde!

—Dios mío! exclamó el capitán enajenado de júbilo.

—Procurad no interrumpirme, dijo la pitonisa para atajar la efusion de su alegría. Si, os corresponde y será vuestra: pero antes de poseerla, pasareis por las pruebas del hierro y del fuego.

—Y ella?..... y ella?..... preguntó impaciente don Carlos, á pesar de la prohibicion de la adivina.

—Acerca de ella nada puedo deciros, respondió con frialdad la vieja, porque en estas cartas solo estudio vuestro oróscopo. Básteos saber por ahora, que conspiran contra vos el orgullo ofendido, el interés y la venganza.

—Y en favor ¿á quién tengo?

—Al amor!

—Entonces ¿nada me acobarda.

—Don Carlos, dijo la pitonisa despues de un momento de profunda meditacion, y examinando con cuidado los naipes; una carta acaba de caer que marca la destruccion de mis predicciones, si os dejais seducir por lo que pierde á las dos terceras partes de los vivientes, las *apariciones*. Sed constante, sufrido, y no des crédito á otra cosa que á lo que veais y toqueis por vos mismo, ó habreis perdido con vuestro honor á doña Maria de Céspedes.

—Calló la gitana, guardando cuidadosamente la baraja en su faldriquera. Don Carlos la recompensó con tanta liberalidad, que perdiendo la pitonisa su filosófica dignidad á pesar de sus anteriores protestas de desprendimiento, le dijo al despedirse.

—Dentro de algunos instantes recibireis una visita que empezará á patentizaros, la exactitud de mis profecias. A Dios!

—Buena anciana, la respondió don Carlos si llegó á poseer á la muger que adoro, os ofrezco tantos escudos como palabras encierran vuestras promesas.

—Afortunadamente, señor caballero, replicó la vieja, no os vereis muy apurado para cumplir vuestra oferta, porque aun cuando se estiende á muchos miles, no hallareis quien os exija su cumplimiento.

Dicho esto partió, dejando el capitán tan satisfecho con sus pronósticos, como atribulado por el indefinido plano que fijaba para su realizacion. Fabricio se restregaba las manos, porque juzgaba á su señor mas razonable, esto es, mas de acuerdo con su sistema; sin atender el bueno del ayuda de cámara, á que es muy comun dar crédito á aquello que nos halaga, por mucha desconfianza que tengamos de su veracidad.

Don Carlos no creía en los profetas, pero si en su amor, y el fondo de la profecía lisonjeaba este sentimiento, y se hallaba completamente en acuerdo con sus ideas. Poseer á doña Maria, y corriendo los mas fuertes contratiempos que dejasen acrisolada su lealtad, era su sueño dorado; porque los amantes aman el peligro que los engrandece á los ojos de su dama, y nada interesa tanto el corazón de una muger, como los sacrificios que por ella se hacen con completa abnegacion y desprendimiento.

Reflexionaba el capitán sobre las palabras de la pitonisa, edificando mi castillos en los espacios imaginarios cuando oyó llamar á la puerta. Salió Fabricio para abrir, y poco tardó en volver, introduciendo á Juana, la doncella de doña Maria, en el aposento de su meditabundo señor.

La sorpresa que esperimentó don Carlos al reconocer á la dueña (y quédesele este nombre por ser el que mejor le cuadra) fué estremada, y todas las predicciones de la gitana quedaron desde aquel momento fijas en su memoria como otros tantos artículos de fé. Inútiles nos parece reproducir la conversacion que tuviera la dueña y el doncel: baste indicar, que si el uno quedó satisfecho, la otra no salió menos contenta con las felices nuevas que iba á llevar á su señora.

No esperaba, en verdad, ignorante del objeto de la visita del tutor, encontrarla tan abatida como halló á doña Maria á su vuelta. Lenia la jóven demudado el semblante y notabanse tan alterados sus facciones que eran espejo fiel de los combates que desgarraban su alma. Asustada la dueña exclamó:

—Qué hay, señora mia? Ha ocurrido alguna desgracia durante mi ausencia?

—Ah, Juana mia! respondió la huérfana arrojándose en sus brazos: desgracias deberias decir, porque no es una sola.

—Esplicaos, por las ánimas benditas del purgatorio, replicó alarmada la camarera.

—Don Pedro, prosiguió la jóven entre sollozos, aquel á quien miraba como un padre, se ha convertido en padrastro. Sí: he leído en sus ojos una resolucion irrevocable, será sacrificada sin remedio!

—Pero á que?

—A la ambicion de ese viejo que acaba de proponerme el enlace que hace años meditaba con su propio hijo don Blas.

—Tranquilizaos, señora, la contestó la dueña algun tanto repuesta de la angustia que le produjo la primera exclamacion de doña Maria, una vez oidas sus esplicaciones. Cualesquiera que fuesen los proyectos del señor don Pedro, añadió con firmeza, nunca podrán ir mas allá de los límites á que le marcan las leyes. Libre sois, y no os hallais tan sola en el mundo que podais ser sacrificada sin obstáculo. Don Carlos...

—Habla, si, ¿que te ha dicho?

—Don Carlos, enamorado de vos, y pronto á acreditaros con su mano que no le guia el capricho de una idea pasajera, hallará medios para frustrar los cálculos de los que desde hoy deberá considerar como sus enemigos; y luego que sea informado de lo que pasa, no temais á don Pedro ni á su soñado casamiento.

—Y qué puede hacer don Carlos en favor mio? preguntó la huérfana algo mas tranquila.

—Señora, don Carlos os ama, es rico y poderoso: su familia goza del favor del monarca (Q. D. G.), y semejante antagonista es demasiado fuerte para que se entable contre él una lucha en la que sucumbirian sus débiles.

adversarios. En cuanto á don Blas, que hasta ahora no nos ha dado á conocer su pasion, cederá, no lo dudeis, en cuanto se vea combatido al mismo tiempo por vuestra indiferencia, y un rival tan poderoso y valiente como el capitán.

(Continuará).

REVISTA DE TEATROS.

El profundo escritor Hartzembusch, ha recojido un nuevo lauro el jueves en la noche. *La jura en santa Gadea*, última produccion de este distinguido poeta, ha obtenido un éxito muy favorable, por parte del público, y nosotros que por hoy solo podemos decir, que participamos de la opinion de los espectadores en esa ocasion, nos ocuparemos con alguna detencion, de esa obra escrita con suma detencion y particular acierto. La ejecucion no fué muy igual; brillaron principalmente la inimitable Matilde Diez, y el eminente actor Latorre, el cual fué muy aplaudido al final del acto segundo. La escojida concurrencia que llenaba el teatro salió muy complacida de la funcion.

Otra novedad llamaba la atencion del público al teatro de la Cruz, á pesar de que se supo demasiado tarde, pues los periódicos anunciaban una funcion y los carteles que se fijaron en las esquinas otra, no fué es caso el número de los espectadores. Presentábase por última vez en la escena de Madrid la señorita Tirelli, y el público no podia menos de acudir á saludar una artista que tanto ha aplaudido en las diversas óperas que ha cantado. Empezóse el *popurri* ó sea la *funcion extraordinaria* como decimos hoy, con el tercer acto del *Don Pascuale*, que fué muy bien cantado por todos, y acto continuo la señora Chimeno, y el señor Salas fueron aplaudidos del público, en el dúo del *Calumella*. Despues se cantó la cavatina del *Hernani*, por la señorita Tirelli y el coro de mujeres, y el público la aplaudió como de costumbre, ó algo mas. Siguióse á esto el coro de los locos en *Il ritorno di Columella*, y el gozo del público fué mayor que el de otras noches; habiendo recibido muchos aplausos un corista que trabajó como el grotesco mas afamado. El señor Salas estuvo sublime en esa pieza, y al unánime clamor del público que pedía la repeticion de todo el coro, contestó cantando de nuevo su aria, y recibiendo por ello nuevos aplausos.

Finalmente, el rondó de la *Lucia* puso término á la funcion. Los espectadores, que tanto habian reido con las gracias de los locos, guardaron profundo silencio para escuchar las últimas palabras de la espirante *Lucia*, últimas notas que cantaba la prima donna que, por espacio de seis meses, ha sabido sostenerse, ganando cada dia nuevas triunfos, en el aprecio del público. Aplaudia con entusiasmo en el andante, y saludada con algunos bravos por el público de las lunetas, terminó la primera y segunda cavaletta entre los aplausos de la concurrencia, que llenaba esa noche los localidades del teatro; siendo llamada á la escena despues de terminado el rondó. Cosa no muy comun en Madrid, pues en las piezas finales, el público suele abandonar sus puestos antes de tiempo; pero el que acudió anoche al teatro de la Cruz quiso prolongar por su parte el gusto de ver á la señorita Tirelli en la escena. Esta última ovacion que ha recibido dicha artista de los madrileños, deseamos nosotros que la siga por donde vaya en lo sucesivo.

Aun no se sabe nada de cierto sobre si continuará ó no la compañía de ópera de la Cruz dando funciones en junio. Nosotros hemos oido decir que no, pero se habla del beneficio de Mehini, y la contralto De-Bernardi, por cuya causa, siempre habrá alguna funcion mas que la de esta noche.

BOLETIN ESTRANJERO.

La representacion que se hizo en lengua francesa en Schoembrum por la flor de la nobleza en favor de los habitantes que sufrieron por la inundacion, ha obtenido tal éxito que se va á dar otra. Los principes Clari Czartoriski, el Landgrave Furitemberg, el baron O' sullivan de Grats ministro de Bélgica y las princesas de Clari, Czartoriski la condesa Lankorowska, Gallemborg han aceptado papeles en esta representacion. El precio de un palco es de 40 florines (416 rs. vn.) y el de las lunetas 10 florines (194 rs. vn.)

Los caballeros que figurarán en el baile de trages de la reina Victoria tendrán que sacrificar sus patillas y bigotes, en atencion á que en la época de 1740 á 1750 no estaba en uso dejarse la barba. Con este motivo se encontrarán algunos oficiales ingleses de la guardia en una situacion bastante delicada. Tendrán que afeitarse los bigotes para asistir al baile de trages, y al dia siguiente estarán espuestos á entrar de servicio contraviniendo el reglamento militar que previene que los oficiales de los regimientos de los guardias de Corps y de los azules no pueden afeitarse el labio superior.

Leemos en un periódico de Madrid:

Parece que el apreciable actor Lombia, cuyo viaje á Paris no ha tenido otro fin que observar el teatro frances y estudiar su escuela en la parte que pueda tener aplicacion á la nuestra, se está dedicando á este objeto, asistiendo diariamente, no solo á las representaciones públicas, sino tambien á los ensayos de

los diferentes coliseos que encierra aquella poblacion, enterándose de la parte declamatoria y de la correspondiente á decoracion y maquinaria, vestuario, administracion y policia interior, y en una palabra, de cuanto pueda contribuir á la mayor perfeccion de nuestra escena.

VARIEDADES.

ESTADISTICA CRIMINAL.

Resulta de un informe leído por Mr. Dupin en pleno instituido que de 1830 á 1842 el número de crímenes contra las personas habia subido gradualmente de 1158 á 1669, es decir, un 45 por 100. Estos números se refieren á los crímenes juzgados en las *Asisias*; pero estan muy lejos de dar una idea exacta de los crímenes cometidos. Segun los datos presentados por la administracion de la justicia criminal en Francia durante tres años 1840, 41, 42, se ha presentado un total de 47,207 crímenes ó delitos que no han sido perseguidos por no haberse podido descubrir á los culpables. En esta suma de 47,207 acciones criminales probadas sin haberse descubierto sus autores, se hallan 36,945 robos, 152 asesinatos, 74 homicidios, 45 infanticidios, 24 envenenamientos, 64 falsificaciones 2,213 incendios voluntarios. Demasiado cierto es que un gran número de crímenes y delitos no dan margen á ninguna clase de actuaciones. En cuanto al envenenamiento, Mr. Cormenin, en una memoria sobre la prohibicion del arsénico, ha entrado en pormenores que sujeren la mas triste idea.

El aumento súbito y extraordinario del número de niños declarados como nacidos muertos en los departamentos en que la filantropía administrativa ha desterrado los tornos de los hospicios, ha revelado una inmensidad de infanticidios que no se someten á la vindicta pública. La estadística no puede formar ninguna conjetura aproximativa sobre el número de estos crímenes que el ojo de la autoridad no ve; pero debe añadir á la suma de los crímenes calculados por el ministerio público y que han quedado sin castigo, las causas que han sido presentadas á las *Asisias*, y que han terminado con una absolucion. El veredicto supremo del jurado decide que no consta que el acusado sea asesino, incendiario, ó falso monedero; pero no destruye el hecho del asesinato, del incendio ó de la falsa moneda, y en alguna parte existe el criminal. Durante los tres años se han pronunciado absoluciones en 258 causas de asesinato, 284 de homicidio, 20 de parricidio, 191 de infanticidio, 55 de envenenamiento, 132 de falsa moneda. La sociedad, espuesta á peligros tan reales, debe oponerles remedios algo mas eficaces que un aumento en el efectivo de la gendarmeria.

Casarse por casualidad. — Un periódico francés refiere la siguiente anécdota:

— El conde de M.... vivia feliz; era jóven todavía, bien acomodado, de carácter accesible, y pasaba el tiempo cazando, comiendo, bebiendo y fumando: varias veces habia tratado de casarse; pero siempre habia retrocedido ante el matrimonio. Sin embargo, una vez estuvo muy cerca de cometer esta locura ó gozar de esta felicidad. Gustaba de una jóven, hija de un amigo suyo: tal vez no le gustaba menos su capital, y otras razones de conveniencia esplicaban y justificaban esta union. Al fin iba el conde á contraer lazos que no cuadraban mucho á su carácter independiente. Pero á pesar de sus promesas no estaba aun enteramente decidido.

Su futura suegra resolvió acabar con sus vacilaciones, y exigió del conde que inmediatamente respondiese si quería ó no casarse. El conde se encontró en un grande apuro. En aquel solemne momento, su indecision fué mas viva que nunca; temió por su porvenir, por sus usos y costumbres de soltero que tendria que abandonar. Resolvió por fin que la casualidad decidiese su suerte.

Escribió dos cartas, aceptando en la una, y negándose á la boda en la otra: púsolas en un sombrero y llamó á su criado. «Coje una de esas cartas, le dijo, y llevála á la quinta de... ¿Cuál? La que tu quieras. El criado cojió una carta y dejó la otra á su amo, el cual a quemó sin abrirla.

Mediaba entre ambas quintas una distancia de diez leguas. El criado debia tardar veinte y cuatro horas en volver; todo este tiempo debia estar el conde sin saber lo que la casualidad habia decidido. ¡Situacion cómica! estar veinte y cuatro horas sin saber si es un casado ó soltero! ¡no poder disponer de sí mismo! ¡no tener derecho para formar un solo proyecto! El conde de M..... fué protegido por la casualidad; el criado habia llevado la carta de aceptacion. Desde aquella época es M. de M.... el marido mas feliz de su departamento.

TEATROS.

DE LA CRUZ.

A las ocho y media de la noche; última representacion en la presente temporada: **IL GIURAMENTO**, aplaudida ópera en tres actos, del maestro Mercadante.

DEL PRINCIPE.

A las ocho y media de la noche: tercera representacion del drama nuevo, en tres actos y en verso, original de don Juan Eugenio Hartzembusch, titulado **LA JURA EN SANTA GADEA**. Terminará el espectáculo con la Jota bailada á ocho.

DEL CIRCO.

A las ocho y media de la noche: **GISELA O LAS WILIS**, baile en dos actos.

DE VARIEDADES.

A las ocho y media de la noche: la comedia en tres actos **UN NOVIO A PEDIR DE BOCA**. Baile, y sainete.